

EDUARDO RIVERA

Estado de excepción



II. La mirada

De todo lo que había perdido, lo que más extrañaba eran los colores de la mañana. Ana sabía. Muy pequeña los contempló más de una vez. Era el único recuerdo de luz que aún no se diluía. Lejos de esas imágenes fue relativamente sencillo acostumbrarse a la oscuridad.

Aquella mañana el cielo debió haber sido como el tono en la voz de ese hombre que se acercó para sostener su mano al descender del autobús: de un profundo azul. Un instante antes, Ana había elegido esa voz de entre el caos de motores y conversaciones ajenas; aunque no fue sino al encontrar su piel cuando surgió el primer, inmediato, estremecimiento. Ella había aprendido a aprovechar la ayuda que le brindaban, ajena al orgullo de quienes, en el fondo, nunca aceptan su condición. Agradeció; él correspondió de inmediato:

—Gracias a ti.

Un par de pasos más tarde, Ana aventuró su curiosidad:

—¿Gracias por qué?

Él había permanecido en el mismo sitio, observando su cuerpo, casi aéreo. Decidió entonces guardar silencio y continuar su mirada. Ana sabía que él estaba aún ahí, aunque su desconcierto no le permitió advertir la intención de aquella pausa.

El bastón avanzó. La casa de Ana no quedaba demasiado lejos. Después de algunos metros, su intuición ubicó los pasos de aquel hombre detrás de ella. Se sintió observada. Un viento recorrió su espina dorsal hasta depositar la ansiedad en la cima del cuello. Deseaba temer, pero el breve recuerdo del roce con su mano suscitó la imaginación, el deseo.

Frente a la puerta del edificio, Ana se detuvo —como siempre— a palpar la cerradura. De pronto, su mano fue envuelta de nuevo por aquel contacto y ese abrazo se extendió pronto por todo su cuerpo. Deseaba temer, pero la sangre —que aceleró su curso por todo el cuerpo— también depositó su palpitación en su sexo. El deseo se irguió, soberano, vencedor de todo temor posible. Él dirigió la llave hasta el sitio asignado y justo antes de girarla liberó de nuevo su voz, como un animal al fondo de una gruta.

—Por tu belleza —dijo él—, y por permitirme contemplarla en silencio.

El bastón de Ana derivó su peso de pronto hasta tocar el suelo. Ana dobló su cuerpo palpando cada accidente en la puerta para intentar recuperar el bastón. El silencio se tornó en una pregunta que ella no formuló:

—Preguntaste por qué te agradecía y esa es mi respuesta.

Ana acercó su mano al rostro que ostentaba aquella voz. Deseó entonces conocerlo de la misma forma en que él la había conocido. Fue quizá esa impotencia repentina la que redujo el pudor a los límites de una fantasía que construyó para sí mientras caminaba. Ana tomó su mano; con una mirada de

aquellos ojos —vacíos de cualquier función aparente— le pidió que la llevara hasta su puerta, hasta los pliegues de su propio cuerpo que ella desconocía. Pidió que la guiara hasta su casa.